

# ¿Las cosas por su nombre? Preguntas sobre la propensión a llamar “nacionalismo” a la derecha argentina de la década de 1920

Olga Echeverría

## Introducción

Hacia los años veinte del siglo pasado, aunque con algunas anticipaciones, un grupo heterogéneo de hombres de las elites (que portaban, en su mayoría, una predisposición intelectual) comenzaron a expresar un ánimo disconforme y angustiado con lo que entendían eran los resultados de la instauración de la democracia mayoritaria y algunas otras transformaciones propias de la llamada modernidad. Aquellos hombres que se manifestaban contrarios al rumbo que se iba delineando, fueron dando forma a una tendencia laxa, de límites y definiciones no siempre precisos, que paulatinamente comenzó a llamarse “nacionalismo”. En esa apelación auto-referencial se buscaba tanto una manera de interpelar al universo político de la época como de encontrar un lazo que permitiera unir en un nosotros a un complejo heterogéneo de figuras y proyectos. Adscribir a esa definición asumida por sus propios protagonistas implica alguna dificultad, puesto que el “nacionalismo” estaba lejos, según mi perspectiva, de ser el elemento más definitorio del carácter de esta corriente política e ideológica.

Planteado de este modo, entiendo que es válido preguntarse si el “nacionalismo” no entrañaba, esencialmente, una retórica, un discurso aglutinante, que ocultaba más de lo que evidenciaba sobre las características y proyectos de la naciente derecha autoritaria argentina. Pero no se trató solamente de una perspectiva de auto-designación sino que ha sido, y en buena medida sigue siendo, el concepto utilizado por los/as investigadores/as, que optan por designar de esa manera a sujetos y proyectos que se manifestaban a través de su elitismo, por su reivindicación de las jerarquías “naturales”, por su oposición a la democracia y por su constante llamado a la implementación de una disciplina ordenadora de la sociedad.

La pretensión de estas páginas es austera, y presenta más de una tensión irresuelta. No busca llegar a ninguna respuesta taxativa, sino solamente plantear algunas dudas, preguntas y observaciones que puedan contribuir al debate sobre una tendencia política e ideológica que, al menos en el campo de los imaginarios sociales y políticos, ha tenido una larga vigencia en la historia argentina.

## ¿Cuál era el nacionalismo de los nacionalistas?

El proyecto “modernizador” que se llevó adelante en Argentina desde las últimas décadas del siglo XIX implicó, como es sabido, una serie de transformaciones importantes. Los cambios en las dimensiones sociales y demográficas fueron altamente significativos y no pasaron desapercibidos para aquellos que, si bien se beneficiaban de la nueva realidad, escrutaban atenta y preocupadamente el rumbo que se iba delineando. Así, ante las masas inmigratorias pero también ante los sectores populares nativos que comenzaban a hacerse más visibles, delinearon, progresivamente, una identidad argentina auténtica, opuesta a la identidad heterogénea que surgía del intenso proceso de hibridación y masificación. Los hombres de las elites pregonaron su genuina y legítima argentinidad y sobre ella afincaron su distinción y su “decencia”. Establecieron genealogías y linajes patricios, delimitaron un consumo cultural propio, crearon sus formas de expresión y sus ámbitos de sociabilidad “naturales” y específicos. Pero, además, reforzaron su derecho al mando en esos atributos, ya que eran los “notables”, cultos y educados y el ejercicio de la política era una reafirmación de su condición superior tanto como una forma de sostenerla. Se fue constituyendo así una elite dirigente que fue obteniendo grados de monopolio efectivos de poder sobre la política, la propiedad y la cultura que, en palabras de Vanni Blengino (1990:13), conformaba una elite liberal que se comportaba como una aristocracia feudal.

En esa carrera desesperada por reafirmarse recurrieron prontamente a los ámbitos culturales e ideológicos en busca de respuestas que calmaran sus incertidumbres y consolidaran un orden. Hubo tempranas miradas nostálgicas que cuestionaban buena parte de las transformaciones sociales que el proceso modernizador estaba produciendo y realizaban una reconstrucción idealizada del pasado que se oponía a un presente considerado caótico y vulgar (Zimmermann, 1995 y Rocchi, 2000). Poco a poco, el pasado y presente fueron cobrando una dimensión geográfica en la oposición dicotómica entre la gran ciudad y el interior, que no era otra cosa que la impugnación del cosmopolitismo en nombre de la tradición. Los hombres del poder se volvían cada vez más conservadores y por ende renegaban progresivamente de los principios liberales, modificando la cultura y las aspiraciones de participación política (Botana, 1991).

En ese contexto, surgió un debate intelectual (con contenidos políticos) que tendría larga perdurabilidad y que hacía hincapié en la cuestión nacional, entendida ésta como eje articulador primordial para la constitución de una sociedad homogénea y gobernable. Se iniciaba así el camino a un programa nacionalista. Se trataba de un nacionalismo cultural que tuvo una de sus primeras expresiones en el libro *La tradición nacional*, de Joaquín V. González publicado en 1888

y que siguió manifestándose, con diferentes énfasis, en otros textos, por ejemplo en *Las beldades de mi tiempo* de Santiago Calzadilla de 1891 o en *La sociedad de antaño*, de Octavio Batolla publicado en 1908, donde se lamentaba que la modernidad estuviera produciendo un cambio profundo en las costumbres y, por lo tanto, desalojando a la fuerza los elementos propios de la grandeza argentina.

La relación entre modernidad, lo espiritual y la materialidad cruzaba todas las reflexiones del período en torno la necesidad de constituir una identidad nacional. Esta cuestión era pensada como primordial para integrar a los inmigrantes y constituir una sociedad ordenada y respetuosa. De tal modo, la presencia de elementos “nacionalistas” en estos debates es indiscutible, destacándose claramente la cuestión del idioma nacional que en principio fue impulsada por Ernesto Quesada, pero que tuvo muchos otros partícipes y una amplia recepción. No se trataba de un pensamiento original, sino que recuperaba una tradición europea, del siglo XVIII, reavivada por la dinámica del siglo XIX, que sostenía que el idioma era un elemento de central importancia en la definición y constitución de la nacionalidad. Con el mismo espíritu se apeló a la educación pública como una herramienta privilegiada de una necesaria pedagogía cívica argentinizadora (Bertoni, 2001; Lionetti, 2008). Resulta claro que en el período finisecular fueron muchos los intelectuales y hombres del poder que buscaron consolidar una matriz ideológica nacionalista apelando a la fundación de instituciones, mitos y valores para preservar a una Argentina supuestamente esencial frente a otra que se estaba volviendo incontrolable (Rubione, 1983:10).

Unas décadas después, ya pasada la euforia triunfalista que rodeó a los festejos por el centenario de la independencia, cuando el ingreso de extranjeros comenzaba a desacelerarse y ante las primeras preocupaciones ciertas sobre los alcances de las transformaciones sociales, aquellos movimientos culturales que podrían calificarse como un nacionalismo nativista e identitario fueron quedando relegados y dieron lugar, paulatinamente, a los nuevos “nacionalismos” que utilizaban argumentos y retóricas similares pero que buscaban llevar adelante un proyecto político e ideológico que “volviera las cosas a su lugar”, es decir que disciplinara a amplios sectores subalternos que comenzaban a reclamar derechos sociales y políticos y que mantuviera en manos de sus “legítimos” poseedores no sólo los espacios de poder sino también la estructura burocrática del Estado y los ámbitos del saber. Así, el “nuevo nacionalismo” invocaba a la nación para ordenar a la sociedad y situar a cada actor en su lugar “natural”.

En ese contexto, la confluencia de los efectos de la Gran Guerra (que potenció las críticas al liberalismo que se hallaban latentes desde unas décadas atrás y quebró el optimismo que había caracterizado al siglo XIX), la instauración de la democracia mayoritaria (que implicó la incorporación de nuevos sectores al juego de la política y de otros espacios sociales) y la

Revolución Rusa (y lo que ella implicaba en los imaginarios políticos), llevó a muchos intelectuales argentinos a buscar respuestas contundentes a sus percepciones catastrofistas y a las desazones personales y sociales, ciertas o imaginadas, que el nuevo orden les provocaba. Estos intelectuales, de voces radicalizadas y disruptivas (Leopoldo Lugones, Carlos Ibarra y un poco más tarde los “maurrasianos” de *La Nueva República* comandados por los hermanos Irazusta y Ernesto Palacio, entre otros) no sólo hablaban de otro orden posible, sino que también se presentaban como las mentes preclaras que podían restituirle al país su destino, al que veían fatalmente abortado por la mediocridad y las excesivas liberalidades del sistema. Así, y englobando sus intereses y experiencias bajo el abstracto e impreciso concepto de nación, buscaron elaborar idearios, muchas veces vacilantes, con los que organizar la política y la sociedad. Y allí, la apelación “nacionalista” operó como un elemento, entre otros, que ayudó a configurar el perfil público de la tendencia que asumía tanto una dimensión política como un carácter estético e ideológico combinando elementos “reaccionarios” con lógicas de adaptación a la dinámica capitalista internacional<sup>1</sup>.

Si se aceptara al concepto “nacionalista” como válido para caracterizar a esos idearios que comenzaron a sistematizarse hacia la década del veinte, habría que plantearse si se trató de un “nacionalismo” o de muchos “nacionalismos”. Porque, como puede advertirse al leer sus escritos y alocuciones, cada uno de los referentes recurrió y elaboró un concepto diferente de nación en el que cimentaba el proyecto organizacional de la sociedad que buscaba imponer. Ahora bien, ¿diferían significativamente? o ¿las diferencias al momento de la enunciación eran resultados de ciertas veleidades o juegos esteticistas? Posiblemente, la heterogeneidad de la tendencia fue resultado del carácter intelectual de sus figuras más representativas que, obviamente, buscaban mostrar un pensamiento original y raramente estaban dispuestos a ceder el protagonismo personal en pos de una construcción colectiva y que por el contrario, muchas veces, exacerbaban diferencias que eran más de forma que de contenido profundo. Se trata, sin dudas, de una cuestión interesante que llevaría a reflexionar sobre los intelectuales, la política y el poder, pero que excede largamente los objetivos de este texto.

En líneas generales (aunque con una diversidad de matices que por razones de espacio se soslayarán en estas páginas) los intelectuales autoritarios argentinos entendían a la nación como a una situación de orden, una estructuración jerárquica y disciplinada, destinada a deslegitimar todo reclamo sectorial y/o ideológicamente opuesto a los intereses de quienes se

---

<sup>1</sup> Si bien el proyecto que más claramente evidenciaba esta aparente paradoja es el de Leopoldo Lugones, en mayor o menor medida, en todos los intelectuales antidemocráticos de este período se encontraba presente la combinación de elementos reaccionarios con otros factibles de ser considerados modernizadores.

arrogaban la capacidad de hablar en nombre de un supuesto interés superior y prácticamente sagrado, el de la nación. La nación así pensada requería el status de un mito y conllevaba una construcción ideológica que se asentaba en fundamentos subjetivos y emocionales. La nación en tanto mito de supuesta y predestinada grandeza permitiría canalizar, sin riesgos, la participación de la sociedad sin perturbar el orden anhelado y las jerarquías preestablecidas<sup>2</sup>. Su existencia se afirmaba más allá de las formalidades legales y se concretaba en la subordinación del colectivo, en la identificación de la sociedad toda (aunque organizada jerárquicamente) con ese concepto superior que era la nación. De esa concepción emergían los proyectos corporativos que se pensaban como beneficiosos para dismantelar conflictos, encauzar las fuerzas productivas y someter intereses divergentes.

Dado que interpretaba supuestos intereses y anhelos colectivos, la nación tenía que ser estímulo para las acciones y guía de las conductas. Con mayor o menor énfasis, todos los intelectuales que estaban dando forma a esta tendencia apelaban a la tradición como fundamento (incluso el turbulento Lugones se legitimaba recordando la temprana llegada de sus ancestros al territorio americano) y sus proyecciones también se asentaban sobre esos viejos cimientos de cultura y civilización. En ese sentido, la nación era la patria, el lugar de los padres, un cuerpo místico con unidad de propósitos que articulaba, disciplinadamente, a los diferentes grupos sociales del pasado y el presente. Pero, por ello mismo era también un grito desesperado de futuro, de un futuro que veían escaparse.

La nación y el nacionalismo, entonces, era un discurso que buscaba interpelar a un organismo vivo y que por lo tanto debía ser dúctil, adaptable. Así concebido, el alegato nacionalista instalaba a sus portadores por encima de la esfera política, a la que se señalaba como mezquina, fragmentada y facciosa y los presentaba ante el conjunto social como los únicos incontaminados promotores --y guardianes-- del bienestar general, del interés preciso de la nación. De tal modo, para decirlo concretamente, el requerimiento nacionalista disimulaba una cuestión fundamental como era el rechazo a toda forma (más o menos radical) de soberanía popular. El gobierno representativo, típico de la modernidad, era sindicado como un gobierno de intereses encubiertos, disgregador y corrupto, por lo tanto la soberanía popular era presentada como un dogma falaz que los políticos sostenían para su propio usufructo. Por ello, los intelectuales antidemocráticos proponían en lugar del ideal individualista y anárquico de la libertad ilimitada, un

---

<sup>2</sup> En este sentido vale recordar que tras el fracaso del "uriburismo" los intelectuales que aquí se analizan buscaron redefinir sus proyectos a fin de alcanzar un posicionamiento político que les permitiera superar la intrascendencia que el golpe de Estado y sus proyecciones habían evidenciado. En particular los sectores católicos y los "maurrasianos" tomaron conciencia de que la presencia del pueblo era inevitable y que su participación subordinada podía ser un instrumento político de enorme valía para instaurar un modelo de país que diera respuestas a sus intereses.

ideal social y disciplinado de la nación, al que los sujetos se debían hasta el sacrificio. La soberanía de la nación no podía, de ninguna manera, quedar supeditada a la del pueblo ni responder a la paradoja de la “igualdad antinatural”, por lo cual, y ante la endeblez del cuerpo social, se volvía imprescindible la constitución de un gobierno fuerte, dirigido por los espíritus más destacados, los portadores conscientes de un propósito nacional. Es decir, el “nacionalismo” de los “nacionalistas” argentinos de los años veinte implicaba, desde mi mirada, una actitud de confrontación que se constituía a partir de nexos ajenos a la voluntad de los individuos y, que decía estar al servicio de la nación. Por ello se vuelve importante definir qué se entendía por nación: ¿un destino que se construía por encima de los sujetos y al que estos no podían sustraerse sin traición? ¿Cuáles eran los intereses de la nación?

Si bien es indiscutible la presencia, en mayor o menor grado, de argumentos xenófobos<sup>3</sup>, no es menos cierto que lo que más irritaba del accionar de los inmigrantes era la supuesta introducción de ideologías “avanzadas” y el atrevido desconocimiento de las jerarquías tradicionales, a las que sus defensores –y beneficiarios– no dudaban en calificar como naturales. En ese sentido, vale preguntarse si el discurso “nacionalista” –en tanto defensa de un orden social pretérito o proyectado– no era ante todo una arenga y una voluntad anti-plebeya.

Para decirlo con mayor claridad, los intelectuales que asumieron este embate juzgaban que su posición social (alcanzada o anhelada) se veía amenazada o bien que sus expectativas sociales y políticas no habían sido satisfechas y al contrario habían sido desmerecidas por el proyecto democrático. Por lo tanto, defensiva y al mismo tiempo ofensivamente, se erigieron y presentaron como la conciencia colectiva de toda la nación, a la que le atribuyeron sus propios intereses y en cuyo nombre buscaban transformar la estructura estatal y social vigente. En ese sentido, postulo el carácter limitado o restringido del componente nacionalista en la tendencia autoritaria de los años veinte. O dicho de otro modo, pregunto si no es válido pensar que, en todo caso, el “nacionalismo” de los “nacionalistas” no era un mero dispositivo discursivo de índole instrumental y utilitaria.

En este sentido, no está de más recordar que, como suele suceder, este concepto tuvo una circulación amplia, ambigua, muchas veces inasible, siempre multívoca. Fue objeto de usanzas e interpretaciones diversas, sin haber sido nunca definido con precisión por sus propios portadores. En la palabra “nacionalismo”, el sufijo “ismo” poseía (y posee) una carga semántica: añadía algo al adjetivo nacional, al concepto de nacionalidad, y ese algo involucraba modificación

---

<sup>3</sup> Siendo los más violentos aquellos que provenían del antisemitismo que profesaban algunos de los referentes del autoritarismo argentino, en especial Gustavo Martínez Zuviría. El rechazo hacia otros grupos étnicos asumía, la mayoría de las veces, un tono peyorativo y burlón.

de un proceso y cierta carga (al menos discursiva) de violencia, ya que era señalado como un espacio deseable donde debía cultivarse y reivindicarse la disciplina, la unidad y la obediencia como sentimiento. De tal modo, se le atribuía valor, más que por sí mismo, por su carácter de instrumento ideológico que alimentaba las emociones. Una apelación discursiva sentimentalizada que se asentaba en un reclamo de reacción ante el estado de las cosas y que buscaba construir un ideal de cohesión (disciplinado y jerárquico) ante desafíos y amenazas reales o imaginarias. Pero era también una matriz ideológica entendida como cimiento indispensable para las “alucinaciones de grandeza” que padecía buena parte de la clase dirigente argentina y no pocos intelectuales que buscaban llegar a la acción política concreta.

En este sentido, entiendo indispensable atender a la historicidad del proyecto primariamente nacionalista (aquel que proclama a la necesidad de “liberar” a una sociedad determinada de alguna forma de opresión o amenaza externa). El mismo parece haber tenido una presencia más cierta en el período finisecular, es decir en el llamado nacionalismo cultural o precursor que buscaba establecer una identidad nacional ante el proceso de hibridación que vivía la Argentina. Sin embargo, considero que dicho contenido fue perdiendo trascendencia a medida que el fenómeno inmigratorio decrecía, los programas nacionalizadores alcanzaban algunos éxitos y, principalmente, a partir de la consolidación –peligrosamente amenazante– de la democracia. A partir de entonces, quienes se presentaban como “nacionalistas” lo eran en tanto hablaban en nombre de la nación, pero para defender y llevar adelante posturas ideológicas y políticas clasistas. Para volver a encontrar manifestaciones de tono notoriamente nacionalista habrá que esperar hasta mediados de los años treinta, cuando algunos de estos intelectuales, principalmente, los hermanos Irazusta en el libro *La Argentina y el Imperialismo Británico. Los eslabones de una cadena, 1806-1933* y en su batalla contra la “oligarquía” política argentina, denuncien el sometimiento de la economía y la política argentina a los intereses de las potencias mundiales, especialmente Gran Bretaña, sellando así una situación de dependencia que no sólo afectaba al presente sino también, y principalmente, al futuro de la nación. Por al mismo tiempo, aunque sin convertirlo en eje articulador de toda su propuesta, Leopoldo Lugones denunciaba la “situación colonial” que ataba a la Argentina a las potencias mundiales, especialmente a Gran Bretaña, y llamaba a reorganizar el Estado y la economía a fin de poder crear un mercado interno que fuera base de la prosperidad y pusiera fin a una política de enajenación que se basaba en precios inconvenientes para los productos argentinos y una serie de obstáculos morales y materiales que impedían el desarrollo nacional independiente. La situación de dependencia, decía el poeta militarista, era posible por el “individualismo grosero” y la desunión de los productores, por

la preeminencia del comercio por encima de la producción y por la mediocridad de la clase dirigente argentina (Lugones, 1932)<sup>4</sup>.

### **¿Nacionalismo, tradicionalismo o derechas? La definición en la historiografía**

Este fenómeno político-ideológico, a pesar de su cuestionada influencia en el poder, ha merecido una cantidad importante de aportes, ya sea como análisis generales o de algunos aspectos o grupos y figuras particulares. Probablemente, ese interés tenga que ver con la influencia que esos idearios alcanzaron en algunos imaginarios sociales y políticos de la Argentina contemporánea y en el hecho de que a lo largo del siglo XX fueran una especie de reservorio de perspectivas y términos a los que apelaron sistemáticamente los grupos antidemocráticos y golpistas. Sin embargo, no siempre las figuras y grupos iniciales de la tendencia han sido estudiados por su propia dimensión e importancia, sino que posiblemente, como han señalado Bejar y Barletta (1988: 357), muchos de los estudios están guiados por el afán de explicar los orígenes y la naturaleza del peronismo y por la búsqueda de antecedentes que permitan comprender la militarización del escenario político. Asimismo, resulta evidente que la posible vinculación o no del “nacionalismo” argentino con el movimiento fascista también subyace en buena parte de los análisis. Preocupación que, es bueno recordarlo, ya estaba presente en los propios protagonistas de esta historia y en sus detractores.

Como he señalado, la utilización del concepto nacionalismo no se limitó solamente a la auto-designación, sino que ha sido, y en buena medida sigue siendo, el apelativo utilizado por los/as investigadores/as de esos idearios y prácticas. Desde mi perspectiva, y sin intenciones de impugnar los puntos de vista de esos/as colegas, considero que definir como “nacionalista” a una tendencia de por sí compleja (por su heterogeneidad, por su vulnerabilidad ante la coyuntura y por su casi permanente frustración), no facilita la comprensión del fenómeno. Por el contrario, generaliza una dimensión que no siempre estuvo presente y que aun cuando se manifestaba lo hacía con versiones disímiles que conllevaban debates entre sus propios propulsores. Sumado a esto, vale recordar que el nacionalismo ha sido una apelación discursiva y un recurso identitario en el que se han referenciado sujetos y movimientos de todo el amplio abanico ideológico contemporáneo. En ese sentido, el nacionalismo es un concepto ambiguo, laxo, y por lo mismo factible de ser concerniente a buena parte de la sociedad y el universo político. En palabras de

---

<sup>4</sup> También Carlos Ibarguren (1933) emitió por entonces algunos discursos donde, tangencialmente, cuestionaba la falta de dirección propia y orgánica (esto es nacional) de la economía y, por ende, la subordinación con el extranjero.



Xosé Núñez Seixas (1998:12), el nacionalismo es un ingrediente que puede combinarse con diferentes corpus ideológicos y con diversos intereses sociales.

Al hacer referencia a esta tendencia antidemocrática de las primeras décadas del siglo XX, nuestra historiografía ha utilizado una gama relativamente amplia de conceptos: tradicionalismo, hispano-catolicismo, derecha y, obviamente, nacionalismo, sin duda el término que ha alcanzado mayor difusión. Cuando se utiliza el concepto nacionalista se ha recurrido a calificativos en pos de alcanzar una mayor precisión y han surgido, así, denominaciones tales como: nacionalismo de derecha, oligárquico, conservador, católico, tradicionalista, etc. Lo cual, en alguna medida, estaría evidenciando una incapacidad nominativa del término empleado. Seguramente la opción por los conceptos nacionalismo y nacionalista se afina en una diversidad de razones que no excluyen el reconocimiento de una significación a la designación auto-referencial. Pero tampoco son ajenos el posicionamiento político e ideológico del/a investigador/a y el afianzamiento de un consenso no discutido en la historiografía argentina de las últimas décadas.

Sin duda, el problema de la conceptualización sobre el fenómeno antidemocrático implica una alta complejidad. ¿Es posible establecer una serie de principios comunes que permitan ensayar una definición colectiva? Y de ser así, ¿qué elementos se deberían tener en cuenta y ponderar como esenciales para alcanzar una definición abarcadora de todas las expresiones? Estas preguntas, a su vez, remiten a otra cuestión que subyace en los análisis, que tiene una alta influencia al momento de la definición, y que podría resumirse como el debate en torno a la singularidad o no del fenómeno argentino. La disposición histórica, como es sabido, ha tenido –y tiene– cierta propensión a la singularidad del objeto estudiado y no ha sido (con las notables excepciones de Marc Bloch, Fernand Braudel y Henri Pirenne entre algunos otros nombres) hasta la década de los setenta que la comparación empezó a formar parte del núcleo de la historia (ver al respecto la presentación de Ernesto Bohoslavsky en este taller). Sin embargo, este tipo de abordaje puede poner énfasis en el contraste, es decir en entender las diferencias y conocer más exactamente los casos individuales o bien en la generalización, estudiando las coincidencias para comprender y sistematizar las relaciones generales. Desde mi observación, y lejos de suscribir una adhesión a perspectivas mecanicistas que supondrían considerar a esta tendencia como mero reflejo o copia de otros procesos, me pregunto si no es igualmente aventurado considerarlos como un fenómeno específicamente argentino. Con tensiones, ambigüedades e incluso prejuicios la experiencia totalitaria y la de los grupos antiliberales de Europa y de otros países latinoamericanos estaba en el horizonte de las reflexiones de los antidemocráticos argentinos y se trataba de una representación que se iba resignificando con el devenir de la dinámica histórica y de acuerdo al posicionamiento de cada uno de los grupos y referentes. En este sentido, soy partícipe de la

perspectiva de Jürgen Kocka (2002: 43-48), quien sostiene que la comparación contribuye a la innovación de la Historia y obliga a los historiadores a utilizar conceptos precisos, procedimientos analíticos y teorías también más definidas. De allí, por lo tanto, se deriva el desafío, entendido como necesidad, de encaminarse a trabajar con definiciones consistentes y complejas e históricamente sostenidas. Asimismo, entiendo que este tipo de análisis es particularmente productivo para el estudio de las ideologías e ideas del siglo XX ya que resultan primordiales para comprender los procesos de “mundialización” de algunas de las características de las sociedades contemporáneas (Aróstegui, 1995: 312).

### **¿Es posible hablar de derecha/s?**

A lo largo de estas páginas he señalado que, desde mi enfoque, el concepto nacionalista resulta un tanto inapropiado ya que, en el mejor de los casos, estaría haciendo referencia a un aspecto, entre muchos otros, de los que caracterizaban a esta ideología con pretensiones políticas. Para el caso específico de los referentes de la década del veinte, aquellos que participaron entusiastas de la campaña destituyente de Yrigoyen y celebraron el golpe de Estado de septiembre de 1930, el nacionalismo sería el fruto de una manipulación (o, dicho en términos menos altisonantes, del uso instrumental) del término en pos de alcanzar una “universalización” y, por lo tanto, legitimación de un proyecto que estaba alejado de responder no sólo a la entelequia de unos intereses únicos de la nación, sino incluso a las perspectivas de grupos sociales y políticos más extensos que aquellos que portaban los propios involucrados que, como se recordará, reafirmaban orgullosos su carácter de minoritarios.

Por ello, reconociendo que detrás de toda definición hay ambigüedades y tradiciones múltiples, y atendiendo a un espacio temporal amplio (desde el período finisecular hasta los años cuarenta del siglo XX), el concepto de derechas me resulta más apropiado para poder definir a este conglomerado que, más allá de las divergencias, se sentía parte de un nosotros y compartía una serie de premisas esenciales desde las que elaboraban los diagnósticos y los proyectos de la sociedad y el Estado anhelado. ¿Es posible, por lo tanto, denominar como derecha (o ¿será necesario llamarlas derechas, dadas sus variantes?, ¿esas diferencias afectan al núcleo primordial de sus definiciones o son más cuestiones de forma?) a sujetos y proyectos que se definían por su elitismo anclado en la reivindicación de las jerarquías “naturales”, por su oposición a la democracia y por su constante llamado a la implementación de una disciplina ordenadora de la sociedad? Retomando la presentación de Sergio Morresi, no se trata, en todo caso, de darle un sentido

absoluto al concepto, sino de considerarlo en su relatividad histórica e interpretarlo, al estilo de Mannheim, como actitudes de fondo, como intenciones (Bobbio, 1998).

Desde ese punto de vista, y por el carácter individualista de los actores estudiados, ha sido necesario para mí realizar un análisis que atendiese a las trayectorias individuales, no por una "ilusión biográfica", sino como una forma de acceder a los itinerarios individuales y, sobre todo, a las subjetividades específicas que, articuladas en una "estructura del sentir" daban forma a un nosotros que se definía a partir de algunos acuerdos y, quizás con mayor fuerza, por un opuesto, un enemigo compartido. Para realizar ese tipo de aproximación ha sido necesario abordar un conjunto de cuestiones que se relacionan tanto con la dinámica socio-política, cultural y económica como con problemáticas más individuales que, articuladas en una relación dialéctica, colaboran con la definición identitaria e ideológica individual y luego colectiva.

La identidad, como se sabe, está lejos de ser un conjunto de cualidades predeterminadas. Por el contrario, se trata de una construcción nunca completada, abierta a la temporalidad y al juego de las contingencias. La dimensión simbólica de la identidad se construye discursivamente e implica, en sí misma, la invención de una tradición y la búsqueda de una completitud. Las identidades constituyen, por lo tanto, rearticulaciones constantes y en permanente conflictividad (conflictividad dialógica como la ha llamado Bajtin) que, además, estando sometidas a normas, obstáculos y desarrollos específicos propios del orden social nunca son impermeables a la dimensión pública y política. Pero, al mismo tiempo, la dimensión personal también queda involucrada, indefectiblemente, en el juego de lo público. La "otredad", la diferencia, es elemento constitutivo y principal de todo posicionamiento identitario, es decir la definición identitaria se realiza en función de valores oposicionales, en su relación con otras identidades.

El intento de pensar, definir y consolidar una identidad surge, o por lo menos se intensifica, cuando se considera que la identidad previa se ha perdido o cuando su "natural" desarrollo ha sido perturbado o se siente amenazado por algún factor externo o interno. Es decir, el énfasis identitario se manifiesta particularmente en tiempos de crisis, inseguridad y, como dice Leonor Arfuch (2005:13), cuando hay incertidumbre de presentes y futuros. En este plano, al analizar las trayectorias de los intelectuales que hacia los años veinte del siglo pasado se definieron por la alternativa autoritaria se puede verificar, en todos los casos, una sensación de inseguridad creciente y una conciencia de destino malogrado por un orden político-social mediocre y corrupto. De tal modo, es comprensible el espacio de reflexión dedicado por los propios intelectuales que son objeto de esta investigación ya que ellos se encontraban atravesando un proceso de transformación profunda y su identidad, en tanto dimensión simbólica, cultural, social y política, se veía fuertemente cuestionada.

Como ya he sostenido, la identidad está lejos de ser un conjunto de cualidades predeterminadas. Por el contrario, se trata de una construcción nunca completada, abierta a la temporalidad y al juego de las contingencias. Pero, a su vez –según Hall (1996)–, la identificación implica un proceso de articulación y de sutura. No hay identidad por fuera del sí mismo, individual y colectivo. ¿Qué contingencias afectaban a estos intelectuales?, ¿qué cuestiones necesitaban ser cicatrizadas?, ¿con qué remedios? Frente al país de las elites se alzaba, y cada vez con mayor visibilidad, otro país, “guarango y plebeyo”, que con su sola presencia desafiaba las cosmovisiones, las disposiciones estéticas y la existencia misma de los sectores privilegiados (Bourdieu, 1991). Frente a un “nosotros” distinguido, poseedor de un pensamiento superior, marcado por una dignidad y un honor específicamente delimitados, se erguía un “ellos” que refería a los sectores populares y necesitaba ser estigmatizado, degradado, subyugado y guiado ya que no se encontraban en disponibilidad de discernir, tan siquiera, su propio futuro. Se trataba de un colectivo que había sostenido un asombroso proceso de expansión y se encontraba también experimentando la paulatina conformación de una identidad propia, fundada en su experiencia histórica y en su práctica social y por ello mismo se volvía afrenta y fuente de honda preocupación.

Fue entonces cuando en búsqueda de un protagonismo que consideraban injustamente arrebatado, los intelectuales antidemocráticos, unidos por sus frustraciones, desazones y perplejidades, iniciaron un paulatino recorrido hacia posturas autoritarias que se sustentaban en una arraigada impronta jerárquica y elitista. Convencidos, y dispuestos a convencer, que el dominio por parte de una minoría esclarecida, culta y superior constituía una realidad histórica y natural, se expresaron a través del ataque sistemático a la democratización política y social. Se trataba de un ofensiva de frentes múltiples, ya que no eran sólo algunos aspectos los que se habían desajustado, sino que era toda una cosmovisión<sup>5</sup> y una estructura social las que, entendían, estaban siendo amenazadas y vulneradas. Por ello, la identidad que fueron construyendo integraba cuestiones políticas, sociales, ideológicas y estéticas que se definían por oposición a las percepciones, valores y prácticas de los sectores subalternos y, particularmente, a las doctrinas más avanzadas del liberalismo e, irrefutablemente, de la izquierda, en todas sus pluralidades. En ese sentido, bien vale anotar que la apelación nacionalista era, en principio, un discurso que se oponía a las manifestaciones cosmopolitas, humanistas e internacionalistas de los sectores más progresistas de la época. Se trataba, como había dicho Lugones, de tener un ideal de Patria y no de humanidad.

---

<sup>5</sup> Una cosmovisión es entendida como el conjunto de principios sobre los que se funda la experiencia vital de los individuos, es decir, el cúmulo de opiniones y creencias que conforman la imagen o concepto del mundo que tiene una persona a partir de su cultura y que conlleva nociones que se aplican a todas las dimensiones de la vida.

Por todo lo expuesto, considero que esta identidad precaria e inestable (habitada por múltiples identidades confluyentes que se hallaban a la defensiva ante cambios que no alcanzaban a aprehender y no estaban dispuestas a aceptar), puede ser definida como derecha, antidemocrática y radical desde su misma definición. Más allá de las diferencias existentes es posible identificar un corpus de ideas, un consenso extendido en los diagnósticos y uno relativamente más restringido en el modelo proyectado que, fundamentalmente, apuntaba a la defensa y sostenimiento de las jerarquías, es decir a la preservación de la desigualdad; la descalificación de toda expresión cultural, moral, política, artística e ideológica de los sectores populares que tenía su dimensión más contundente en el rechazo profundo al modelo de soberanía popular y gobierno representativo democrático. Una derecha, entonces, fundada en una compleja mixtura de autoritarismo, discurso pretendidamente nacionalista y vitalismo (Tusell, 1998: 9-13), que concebía que el orden (entendido como virtud en sí mismo) sólo se alcanzaría con una autoridad fuerte y un pueblo sometido (ya sea por cooptación de voluntades, ya sea por rigor y represión) a los genuinos dueños del poder, “los que habían hecho la patria”. Una derecha a la que el poder efectivo siempre le resultó escurridizo –quizás porque, como ha señalado Raymond Williams (1984: 21), los hombres, al no alcanzar a tener un control cierto sobre el futuro generaban (y suelen generar), una cultura de la nostalgia, de la insatisfacción– y, al mismo tiempo, diseñaba una política que no podía pensarse mucho más allá de las tácticas inmediatas.

### **¿Cómo citar este artículo?**

Olga Echeverría, “¿Las cosas por su nombre? Preguntas sobre la propensión a llamar “nacionalismo” a la derecha argentina de la década de 1920”, en Ernesto Bohoslavsky (comp.) *Las derechas en el Cono Sur, siglo XX. Actas del Taller de Discusión*, Universidad Nacional de General Sarmiento, Los Polvorines, 2011.

Anderson, Benedict (1993) *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, México: Fondo de Cultura Económica.

Arfuch, Leonor (comp.) (2005) *Identidades, sujetos, subjetividades*, Buenos Aires, Prometeo Libros.

Aróstegui, Julio (1995) *La investigación histórica: teoría y método*, Barcelona, Crítica.

Barletta, Ana María y Bejar, María Dolores (1988) “Nacionalismos, nacionalistas... ¿un debate historiográfico?”, *Anuario del IEHS*, 3, Tandil.

Beramendi, Justo (1994) “Ethnos versus Polis? On method and nationalism”, en Beramendi, Maíz y Núñez Seixas: *Nationalism in Europe: Past and Present*, USC, Santiago de Compostela.

Bertoni, Lilia Ana (2001) *Patriotas, cosmopolitas y nacionalistas. La construcción de la nacionalidad argentina a fines del siglo XIX*, Buenos Aires, FCE.

Blengino, Vanni (1990) *Más allá del océano*, Buenos Aires, CEAL.

Bobbio, Norberto (1998) *Derecha e izquierda*, Madrid, Taurus.

- Bohoslavsky, Ernesto (2009) *El complot patagónico. Nación, conspiracionismo y violencia en el sur de Argentina y Chile (siglos XIX y XX)*, Buenos Aires, Prometeo.
- Botana, Natalio (1991) *La libertad política y su historia*, Buenos Aires, Sudamericana-Instituto Di Tella.
- Bourdieu, Pierre (1991) *La distinción. Criterio y bases sociales del gusto*, Madrid, Taurus.
- Buchrucker, Cristian (1987) *Nacionalismo y peronismo. La Argentina en la crisis mundial, 1927-1955*, Buenos Aires, Sudamericana.
- Cárdenas, Eduardo José y Payá, Carlos Manuel (1978) *El primer nacionalismo argentino*, Buenos Aires, Peña Lillo.
- Devoto, Fernando (2002) *Nacionalismo, fascismo, tradicionalismo en la Argentina moderna*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- y Barbero, María Inés (1983) *Los nacionalistas*, Buenos Aires, CEAL.
- Dolkart, Ronald (2001) "La derecha durante la década infame, 1930 -1943"; en: AAVV, *La derecha argentina. Nacionalistas, neoliberales, militares y clericales*, Buenos Aires, Ed. Vergara.
- Echeverría, Olga (2009) *Las voces del miedo. Los intelectuales autoritarios argentinos en las primeras décadas del siglo XX*; Rosario, Prohistoria.
- Hall, Stuart (1996) "Who needs identity" en Hall, S. y Du Gay, P: *Questions of cultural identity*, London, Gage.
- Herf, Jeffrey (1990) *El modernismo reaccionario. Tecnología, cultura y política en Weimar y el Tercer Reich*, México, FCE.
- Ibarguren, Carlos (1933) *Dictamen dirigido al Directorio del Banco de la Nación, 17 de abril de 1933*, Buenos Aires.
- Kocka, Jürgen (2002) *Historia social y conciencia histórica*, Madrid, Marcial Pons.
- Kozel, Andrés (2008) *La Argentina como desilusión*, México, Nostromo.
- Lionetti, Lucía (2008) *La misión política de la escuela pública. Formar a los ciudadanos de la República*, Buenos Aires, Miño y Dávila.
- Lvovich, Daniel (2006) *El nacionalismo de derecha*, Buenos Aires, Capital intelectual.
- (2003) *Nacionalismo y antisemitismo en la Argentina, 1890-1945*, Buenos Aires, Javier Vergara.
- Lugones, Leopoldo (1932) *El Estado equitativo (Ensayo sobre la realidad argentina)*, Buenos Aires, La editora argentina.
- Mutsuki, Noriko (2004) *Julio Irazusta. Treinta años de nacionalismo argentino*, Buenos Aires, Biblos.
- Navarro Gerassi, Marisa (1969) *Los nacionalistas*, Buenos Aires, Jorge Álvarez.
- Núñez Seixas, Xosé (1998) *Movimientos nacionalistas en Europa. Siglo XX*, Madrid, Síntesis.
- Rocchi, Fernando (2000) "El péndulo de la riqueza: la economía argentina en el período 1880-1916", en Mirta Lobato: *Nueva Historia Argentina. El progreso, la modernización y sus límites*, Buenos Aires, Sudamericana.
- Rock, David (1993) *La Argentina autoritaria. Los nacionalistas, su historia y su influencia en la vida pública*, Buenos Aires, Ariel.
- Rubione, Alfredo (1983) *En torno al criollismo. Textos y polémicas*, Buenos Aires, Capítulo.
- Smith, Anthony (1995) "Gastronomy or geology? The role of nationalism in the reconstruction of nations", *Nations and Nationalism* 1, no. 1.
- Tato, María Inés (2004) *Vientos de Fronda. Liberalismo, conservadurismo y democracia en Argentina*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Tusell, Javier (1997) "Introducción" en Tusell, Javier, Montero, Feliciano y Marín, José María: *Las derechas en la España contemporánea*, Barcelona, UNED-Anthropos.
- Williams, Raymond (1984) *Hacia el año 2000*, Barcelona, Crítica-Grijalbo.
- Zanatta, Loris (1996) *Del estado liberal a la nación católica. Iglesia y ejército en los orígenes del peronismo*, Universidad Nacional de Quilmes.
- Zimmermann, Eduardo (1995) *Los liberales reformistas. La cuestión social en la Argentina, 1880-1916*, Buenos Aires, Sudamericana.